

disparado á quema ropa ; pero como habia dicho Roland, la habia recibido cuando se hallaba ya sin vida.

VIII.

Distracciones de provincia.

Habia terminado la caza, iba adelantando la noche ; preciso era por lo tanto retirarse al castillo.

Aguardaban los caballos á unos cincuenta pasos de distancia ; oíanse distintamente los relinchos con que manifestaban su impaciencia, pareciendo preguntar si se dudaba de su valor, toda vez que no se les habia dejado tomar parte en el drama que acababa de tener lugar.

Estaba empeñado Eduardo en arrastrar hasta ellos el jabalí, cargarlo y llevarlo consigo al castillo; pero Roland le hizo observar que era mucho mas sencillo enviar despues dos hombres á recogerlo. Esta fué tambien la opinion de sir John, por lo que no tuvo mas remedio Eduardo que conformarse con la mayoría, si bien señalando la herida de la cabeza, no cesaba de repetir : Esta se la he hecho yo.

Llegaron los tres cazadores al sitio donde se hallaban los caballos, recorriendo en menos de diez minutos la distancia que les separaba del castillo de Fuentes-Negras.

Aguardábales á la puerta madama de Montrevel ; mas de

una hora hacia que estaba allí la pobre madre, temiendo hubiese sucedido alguna desgracia á alguno de sus hijos.

Al verla desde léjos Eduardo, puso al galope su jaco gritando al través de la verja :

— Mamá! mamá! hemos muerto un jabalí como un pollino ; yo le he herido en la cabeza, ya verás la señal de mi bala ; Roland le ha hundido el cuchillo hasta el puño ; milord le ha disparado dos tiros. Pronto, pronto! avisar á dos hombres que vayan á buscarlo. No te asustes al ver á Roland cubierto de sangre, mamá, es del animal ; Roland no ha recibido ni un leve rasguño.

Todo esto lo decia Eduardo con su natural vivacidad, mientras madama de Montrevel salia á su encuentro adelantándose á abrir la verja.

Quería recibir á Eduardo en sus brazos, pero este, despues de haberse apeado, le saltó al cuello.

Llegaron en aquel momento Roland y sir John, cuando aparecia tambien en la puerta Amelia.

Separóse Eduardo de su madre, que hacia mil preguntas á Roland al verle cubierto de sangre, para ir á repetir á su hermana el mismo relato que acababa de hacer á su madre.

Escuchábale Amelia con una distraccion que hirió sin duda el amor propio de Eduardo, puesto que, dejándola bruscamente, se fué á la cocina para volver á contar el suceso á Miguel, por quien estaba bien seguro de ser atentamente escuchado.

Manifestó en efecto Miguel el mayor interés en informarse de todos los detalles y circunstancias; únicamente cuando después de explicarle el sitio donde habían dejado el jabalí, le dió Eduardo el encargo, en nombre de Roland, de buscar á dos hombres para ir á recogerlo, meneó la cabeza en señal de disgusto.

—Cómo! preguntó Eduardo, te atreverías á desobedecer á mi hermano?—Dios me libre, M. Eduardo; Jaime va á salir al instante para Montagnat, pero...—Crees que no encontrará quien quiera ir?—Qué sé yo! A esta hora y en el sitio que.... Decís que es cerca del pabellon de la Cartuja, no es verdad?—A veinte pasos.—Mejor quisiera que estuviese una legua mas allá, contestó Miguel rascándose la cabeza; mas no importa, les haré venir sin decirles cómo ni por qué, y una vez aquí, veremos si vuestro hermano podrá decidirles.—Bueno, bueno! que vengan, yo me encargo de decidirles.—Oh! dijo Miguel, si pudiese andar, iría yo mismo; pero después de la fatiga de hoy, no me es posible dar un paso. Jaime! Jaime!

Presentóse Jaime. Aguardó Eduardo no solo que se diese al jóven la órden de ir á Montagnat, sino que hubiese salido para cumplirla.

Subió luego para hacer lo que sir John y Roland, esto es, prepararse para sentarse á la mesa.

Fácil es suponer que durante la comida recayó la conversacion sobre las proezas de aquel dia. Eduardo no sabia

hablar de otra cosa, y maravillado sir John del valor, sangre fria y agilidad de Roland, se expresaba con calor á cada una de las indicaciones del niño.

Al enterarse de los dramáticos detalles de la jornada, estremeciase madama de Montrevel; y sin embargo se hizo repetir veinte veces cada detalle.

Lo que por conclusion pudo sacar en claro fué que Roland habia salvado la vida de Eduardo.

—Le has dado las gracias? preguntó al niño.—A quién?—A tu hermano.—Por qué he de dárselas? preguntó el niño. Acaso no habria hecho yo lo mismo que él?—Qué queréis, señora, dijo sir John, no os quede duda de que habeis puesto en el mundo una raza de leones.

Habia Amelia prestado por su parte una grande atencion á lo que se contaba, sobre todo al oír que la cacería habia tenido lugar por las inmediaciones de la Cartuja.

Desde entonces habia escuchado con visible inquietud, pareciendo no respirar hasta oír que, después de la muerte del jabalí, los tres cazadores, sin hacer nuevas pesquisas, habían regresado al castillo.

A los postres entraron á avisar que Jaime estaba de regreso con dos aldeanos de Montagnat.

Pedian estos las señas precisas del sitio donde habían dejado los cazadores el jabalí.

Iba á levantarse Roland para dárselas; pero madama de Montrevel, que no queria privarse de la vista de su hijo, volvióse al que habia dado el recado diciéndole:

— Hacedles entrar, no hay necesidad de que por esto se incomode Roland.

Entraron en efecto los dos aldeanos, teniendo en la mano sus sombreros.

— Hola, amigos, dijo Roland, ireis á buscar en el bosque de Seillon un jabalí que hemos muerto allí esta tarde. — No hay dificultad, contestó uno de los aldeanos, consultando en seguida con una mirada á su compañero. — No hay dificultad, repitió este. — Por supuesto, añadió Roland, se os pagará bien vuestro trabajo. — Oh! ya lo suponemos, dijo el primero, no desconocemos vuestra generosidad, M. Montrevel. — Sí, contestó el otro, ya sabemos que, lo mismo que á vuestro padre el general, no os gusta hacer trabajar á la gente de valde. Oh! si todos los aristócratas hubiesen sido como vos, no habria sido necesaria la revolucion, M. Luis. — Oh! de seguro no lo habria sido, dijo el otro, que parecia el eco afirmativo de cuanto decia su compañero. — Falta únicamente saber dónde se halla el animal, preguntó el primer aldeano. — Sí, repitió el segundo, esto es lo que falta saber. — Oh! es muy fácil encontrarlo. — Tanto mejor. — Sabeis el pabellon que hay en el bosque de Seillon? — Cuál? — Sí, cuál? — El de la Cartuja.

Miráronse los dos aldeanos.

— Pues bien, está á veinte pasos de la fachada que mira al bosque de Genoud.

Volvieron á mirarse los campesinos.

— Hum! dijo el uno. — Hum! repitió el otro, eco fiel de su compañero. — Qué significa hum! preguntó Roland. — Nada! — Vamos, explicaos, qué hay? — Lo que hay es que preferiria mos que se hallase al otro extremo del bosque. — Cómo! al otro extremo del bosque? — Sin duda, dijo el segundo. — Pero por qué al otro extremo del bosque? repuso Roland empezando á impacientarse; de aquí al otro extremo del bosque hay tres leguas, al paso que hasta donde se halla el jabalí, hay apenas una. — Sí, dijo el primer aldeano, pero el sitio donde se halla el jabalí....

Detúvose, haciendo un extraño gesto y rascándose la cabeza.

— Es claro; es un sitio... añadió el segundo. — Un sitio qué? — Demasiado próximo á la Cartuja. — Si no es cerca de la Cartuja, sino á pocos pasos del pabellon. — Es igual; bien sabeis vos, M. Luis, que, segun dicen, hay un camino subterráneo desde el pabellon á la Cartuja. — Oh! sí, hay uno, añadió su compañero. — Pero qué tiene que ver, repuso Roland, la Cartuja, el pabellon, y el subterráneo, con nuestro jabalí? — Lo que tiene que ver es que el animal está en muy mal sitio; héoslo aquí todo. — Oh! sí, muy mal sitio, repitió el otro aldeano. — Diab! os explicareis por fin, majaderos? gritó Roland muy incomodado, mientras su madre se hallaba sumamente inquieta y Amelia visiblemente pálida. — Perdonad, M. Luis, dijo el labriego, no somos majaderos, sino hombres que tememos á Dios. — Mil rayos! contestó Roland,

tambien temo yo á Dios! y qué?—Esto nos impide entablar relacion alguna con el diablo.—No, no, no, añadió el otro.— Cuando se trata de hombre á hombre el partido es igual, prosiguió el primero.—Y aun algunas veces uno vale por dos, añadió el otro, hecho un Hércules.—Pero con seres sobrenaturales, con fantasmas, con espectros, ya es otra cosa.— Seguramente, ya es otra cosa.—Por Dios vivo! mamá, Amelia, preguntó Roland, dirigiéndose á las dos, entendeis lo que quieren significar estos badulaques?—Badulaques! contestó el aldeano, lo cierto es que Pedro Marey, por haber querido mirar por encima de la pared de la Cartuja, se quedó con el pescuezo torcido, y por mas señas, ocurrió esto en sábado.—Y que no pudo desde entonces volverlo, añadió el otro, de manera que tuvieron que enterrarle con la cara vuelta, como mirando lo que pasaba á su espalda.—Oh! oh! dijo sir John, esto va haciéndose interesante; á mí me gustan mucho los cuentos de fantasmas.—No sois, pues, contestó Eduardo, como mi hermana Amelia, á lo que parece.—Por qué?—Mirad cuán pálida se ha puesto.—En efecto, dijo sir John, la señorita se siente mala.—Ah! no lo creais, contestó Amelia; no os parece que se siente aquí demasiado calor, mamá?

Y hablando así, enjugábase Amelia la frente cubierta de sudor.

—No, dijo madama de Montrevel.—Sin embargo, insistió Amelia, si no fuese incomodaros, abriria una de estas ventanas.—Puedes abrirla, hija mia.

Levantóse al mismo instante Amelia, abriendo una de las ventanas que daban al jardin, manteniéndose en pié apoyada en ella, medio oculta detrás de las cortinas.

—Ah! dijo, aquí á lo menos se respira.

Acercóse á ella sir John para ofrecerle su pomito de sales; pero con la mayor precipitacion:

—No, no, gracias, milord, contestó Amelia, me encuentro ya bien.—Veamos, veamos, dijo Roland impacientado; no se trata de esto, sino de nuestro jabalí.—Pues bien, vuestro jabalí, M. Luis, iremos á buscarle mañana.—Esto es, dijo el otro aldeano, mañana por la mañana.—De manera, que para ir esta noche....—Oh! para ir esta noche....

Miró el rústico á su compañero, moviendo los dos á un tiempo la cabeza.

—Lo que es por esta noche, es imposible.—Cobardes! —Oh! oh! M. Luis, cuando uno deja de hacer algo por temor, no merece el nombre de cobarde, dijo el aldeano.—Es claro que no, añadió el otro.—Ah! dijo Roland, quisiera que otro se empeñara en sostenerme, que el tener miedo no arguye cobardía.— Dale! esto segun y conforme, M. Luis; dadme una buena podadera, ó un buen palo, y desafio al lobo mas terrible; dadme un fusil y me rio de cualquier hombre, aunque sepa que me está aguardando para asesinar-me.—Sí, pero tienes miedo á una fantasma, á una sombra de fraile, dijo Eduardo.—Oh! señorito, replicó el labrador, dejad hablar á vuestro hermano; vos no teneis aun bastante edad para en-

tender tales cosas.—No, añadió el otro; teneis que aguardar á que os salgan las barbas, señorito.—No tengo pelo de barba, contestó Eduardo irguiéndose cuán alto era, pero á pesar de esto, si contase con la fuerza necesaria, iria yo solo á buscar el jabalí lo mismo de dia que de noche.—Pues ahí teneis á mi camarada y á mí, que ni por un luis iriamos esta noche.—Pero iriais por dos luses, dijo Roland queriendo apurar la materia.—Ni por dos, ni por cuatro, ni por veinte, M. de Montrevel; bueno es ganar veinte luses, pero de qué me servirian despues que tuviese el pescuezo torcido?—El rostro á la espalda, como Pedro Marey, dijo el otro labriego.—Vuestros veinte luses no creo que bastasen para mantener á mi mujer y á mis hijos toda su vida?—Y aun no serian veinte luses, repuso el otro, sino tan solo diez, pues que habria otros diez para mí.—Con que, se ven fantasmas en el pabellon? preguntó Roland.—No digo en el pabellon; en el pabellon no lo sé de cierto, pero en la Cartuja....—En la Cartuja, lo sabes de cierto?—Oh! sí, no me queda la menor duda.—Las has visto?—Yo no; pero no falta quien las ha visto.—Tu compañero? preguntó el jóven oficial volviéndose al otro labrador.—Lo que es ver las fantasmas, no; pero he visto las llamas, y Claudio Philippon ha oido el ruido de las cadenas.—Ah! hay llamas y cadenas? preguntó Roland.—Sí! las llamas yo mismo las he visto.—Y Claudio Philippon ha oido las cadenas.—Muy bien, muy bien, amigos míos, repuso Roland en tono de zumba, con que á ningun

precio quereis ir esta noche?—A ningun precio.—Ni por todo el dinero del mundo.—Iriais mañana?—Oh! M. Luis, antes de que os levanteis, estará aquí vuestro jabalí.—Al levantaros lo vereis ya aquí, contestó el eco.—Bueno! venid á verme pasado mañana.—Corriente, M. Luis, y por qué?—Nada, venid.—Oh! perded cuidado, no faltaremos.—Desde el momento que nos decís *venid*, podeis estar seguro de que no haremos falta, M. Luis.—Pues bien! yo prometo daros algunas noticias, pero noticias ciertas.—Sobre qué?—Sobre los fantasmas.

Amelia dejó escapar un grito ahogado, que fué únicamente oido por madama de Montrevel: despidió Luis á los dos aldeanos, quienes se dirigieron precipitadamente á la puerta, queriendo pasar los dos á un tiempo.

En todo el resto de la noche no se habló mas de la Cartuja, del pabellon, ni de los seres sobrenaturales, espectros, ó fantasmas que en él aparecian.

IX.

Placeres de provincia.

Al dar las diez, estaban acostados todos los habitantes de Fuentes-Negras, ó á lo menos se hallaba retirado cada cual á su cuarto.